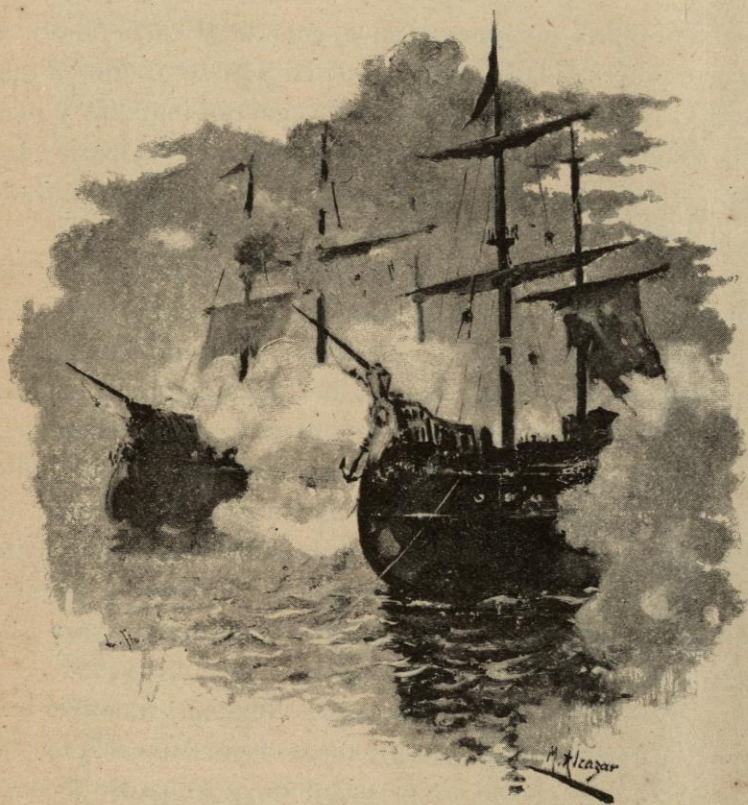


## LA ATLÁNTIDA



I

EL ignorante de poco ó de nada se admira. Poco ó nada despierta su curiosidad. El que sabe algo es quien siente el estímulo de saberlo todo. Y, como no es posible que el hombre todo lo sepa, la admiración y la curiosidad persisten siempre y hasta van en aumento á par del progreso y difusión de la cultura.

Cada nuevo objeto que conocemos nos abre extensos horizontes y campos

misteriosos donde se nos aparecen mil y mil enigmas, pidiendo á nuestro espíritu que los descifre.

No bien se supo que había un dilatadísimo continente, separado de las costas occidentales de Europa y África por un ancho océano, y del Oriente de Asia por otro océano más ancho, la esfinge que tiene obsesas las almas pensadoras, el demonio tentador que nos excita á investigar y á discurrir, nos hizo esta pregunta: ¿Cómo se ha poblado la América? Muchas respuestas se le han dado, sin que ninguna nos satisfaga y aquiete; pero, como bastantes nos deleitan por lo ingeniosas, no me parece que esté mal exponerlas aquí en resumen.

Sin duda que, si imaginásemos y creyésemos que los hombres habían aparecido en diversos puntos de la tierra, no sería necesario cavilar sobre cómo fueron pere-

grinando á fin de poblarla toda: pero esto, según se dice, no puede aceptarse porque se opone á la fraternidad humana, dogma importantísimo en la religión que sirve de base á la civilización europea.

No me incumbe explicar, en este sitio, cómo el saber experimental ó si se quiere la opinión de los sabios más ilustres coincide con el dogmatismo de la Iglesia en afirmar la unidad de origen de nuestro linaje. Lo que sí considero indiscutible es que, en las edades pasadas, los pensadores no se detenían tanto como ahora en ver si sus asertos contradecían ó no los de la fe. Estaba ésta tan arraigada y tan firme, que nada era bastante á conmovérla.

La imaginación daba por realidad todos sus ensueños; y, cuando el ensueño no se apoyaba en la religión para pasar por realidad, rara vez la religión se oponía á que pasase por realidad el ensueño. Al contrario, ¿qué es aquello que por inaudito y maravilloso no quepa dentro de la Omnipotencia divina y no valga para ensalzarla? Lo posible, pues, no tenía límites; y no había cosa que no se aceptase como verdad, candorosamente, para mayor alabanza y gloria del Creador de todo.

Esta predisposición de los espíritus prevaleció en la Edad Media, y persistió en la época del Renacimiento, y aun durante el siglo xvii, casi hasta nuestros días. La exploración de tierras y mares y el testimonio ocular de los viajeros no bastaron á acabar de súbito con los seres prodigiosos. Para darles albergue siempre quedaban inexploradas comarcas, insuperables cordilleras, islas remotas y selvas esquivas. Duró, pues, mucho tiempo, la persuasión, apenas tildada de herética, de que hubo y hay tribus, castas y naciones, que no deben proceder de Adán y de Eva, como no se suponga en nuestros primeros padres (y no faltó quien lo supusiese) una virtud generadora pasmosamente multiforme, ó en los diversos climas cierto vigor irresistible para transformar la condición natural del hombre primitivo, ó en éste rara afinación á enlaces híbridos y la capacidad de hacerlos fecundos.

Pocos hombres, aun entre los más estudiosos é ilustrados, llegaban hasta el extremo de escepticismo de negar la existencia de los gigantes. Luis Vives habla de un colmillo de San Cristóbal que era tan grueso como su puño; y el padre Fuente la Peña tuvo en la mano una muela de otro gigante, la cual pesaba siete libras. Pero todo ello era pequeñez comparándolo con la enormidad de otro gigante del tiempo de Moisés, de quien el citado padre nos habla: porque «siendo Moisés, dice, de estatura de diez codos, y teniendo en su mano una pica de otros diez codos, y dando un salto de otros diez codos, sólo alcanzó á herir á dicho gigante en el tobillo, de que se puede rastrear la longitud que tendría». Y aun considerando corta la ponderación, añade el padre, apoyado en texto del Abulense, que, años después, cierto cazador perseguía un ciervo que se entró por la canilla de una pierna de dicho gigante, y el tal cazador á caballo siguió al ciervo, y corrió en su alcance seis horas por la canilla. Verdad es que el padre y el mismo Abulense tienen sus dudas acerca de la exactitud de esto último, aunque no lo juzgan imposible.

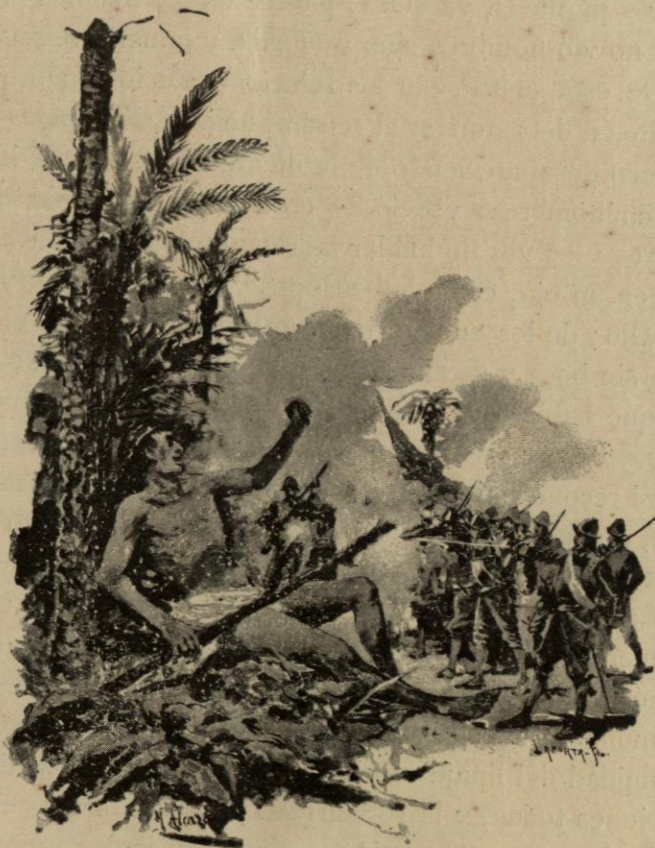
Despojada de tamañas exageraciones, la existencia de los gigantes siguió como

verdad indudable, demostrada por el testimonio de navegantes y viajeros. El capitán Juan Pérez de Maldonado halló á uno dormido, cuyo báculo era como el palo mayor de una gran nave, y logró matarle, de dos descargas de la mosquetería de sus soldados, volviéndose á embarcar luego con su tropa, por haber conocido que se hallaba en tierra de gigantes y por temer algún trabajo. Más circunstancias traen aún de los gigantes, llamados patagones, así Micer Antonio Pigafeta, compañero de Magallanes, como el clérigo D. Juan de Areizaga, citado por Oviedo, el cual clérigo acompañó á frey García Jofre de Loaysa en su poco feliz expedición. Decía este D. Juan de Areizaga que se vieron muy apurados él y sus compatriotas, cuando en muestra de amistad, tuvieron que abrazar á los gigantes, pues, como afirma Oviedo, «no llegaban con las cabezas á....., cuando los abrazaron; y este padre no era pequeño hombre sino de buena estatura de cuerpo». El comer y el beber de tales gigantes estaban muy en proporción de su talle. De cada bocado se engullían dos libras de carne cruda, y se bebían una y aun dos arrobas de agua de un solo trago.

En los pigmeos se siguió creyendo también, y refiriéndose de ellos estupendos casos. Homero habla de las guerras exterminadoras que los pigmeos tenían con las grullas; pero las grullas no lograron destruirlos. Aun hay pigmeos, si hemos de creer á Argensola, que los pone en cierta isla que es toda ella una mina de oro; ó á Jovio que los pone más allá del Japón; ó al capitán Maldonado, el mismo que mató al gigante, el cual capitán asegura haberlos visto en las cumbres andinas.

Sin duda hubo entre los pigmeos tribus de hermoso aspecto y de grandes bríos y habilidad para disparar flechas, cuando en Tiro, según cuenta Ezequiel, los tenían para guarnición de las murallas y como complemento de hermosura.

Respecto al tamaño de los pigmeos se ha disertado con mucha variedad. Para el padre Fuente la Peña, fundándose en autoridades de Santo Tomás y de Aristóteles, no repugna que los haya de la corpulencia de una abeja y hasta de la de un mosquito; pero la más común afirmación es que tienen un codo de alto, sobre poco más ó



menos. La vida de los pigmeos es corta y en proporción de la estatura; á los tres ó cuatro años es la mujer viripotente, etc. Los hombres son buenos jinetes y montan en cabras. En suma, se cuentan de ellos mil particularidades, que pueden leerse en *el Ente dilucidado*, en el *Anthropodemus plutonicus* de Juan Praetorio <sup>1</sup>, y en otras obras curiosas por el estilo.

Cuando el padre Francisco Álvarez, de vuelta de Abisinia, escribió y publicó su *Verdadera información de las tierras del Preste Juan de las Indias*, que se tradujo del portugués en las principales lenguas de Europa, se desvaneció un poco la ilusión de los pigmeos, ya que el padre, en los mismos lugares en que los pone Aristóteles, no vió hombres sino de forma y tamaño regulares.

De esta suerte, por las relaciones de los viajeros menos ponderativos y más resueltos á desautorizar el refrán que dice, *de luengas vías luengas mentiras*, fueron poco á poco desapareciendo de la mente de los doctos las especies fantásticas de hombres ó semihombres; y dejó de creerse en las castas de aquellos que tienen cabeza de perro, y en vez de hablar ladran; de los que sólo tienen una pierna; de los que sólo tienen un ojo, como los cíclopes y arimaspes; de los que tienen pies de cabra ó de caballo; de los que no tienen cabeza y llevan en el pecho boca y ojos; de los que viven sin boca y se alimentan de aire y de aromas; y de otros pueblos monstruosos, de que hablan los citados autores, y de que trae también muy eruditas noticias el *Ensayo sobre los errores populares de los antiguos*, que Leopardi compuso.

El reconocimiento casi completo del planeta, realizado por españoles y portugueses, apenas dejó lugar á las fábulas ó las desterró á algún rincón inhospitable y remoto.

La poesía poco perdió con esto. Tales fábulas eran menos poéticas que grotescas y pueriles. En cambio, bien puede asegurarse, que con los descubrimientos que empezó Colón, y que terminó casi Elcano, se disiparon las tinieblas, se iluminó y abrió el mundo á nuestra vista, y se apercibió todo para que se lograra la certidumbre de la unidad del linaje humano, y viniesen á ser factibles la convivencia y trato de las naciones todas, y la solidaridad y fraternidad de ellas.

La hazaña, que vertió tan clara luz en los entendimientos, es por muchos historiadores más celebrada que la de Colón, y merecería serlo, si no se reflexionase que, si bien la magnífica cúpula de un soberbio edificio resplandece más que lo restante de él, todavía, sin echar sólidos cimientos, jamás la cúpula se levanta en el aire.

Como quiera que sea, la gloria de la hazaña de Magallanes es inmensa, así por el esfuerzo hecho para llevarla á cabo, como por la trascendencia que tuvo. Uno de los autores, que más ferozmente odian á España, es tal vez el que con mayor elocuencia y entusiasmo, entre los modernos, celebra empresa tan grande <sup>2</sup>. «En toda la historia, dice, de las empresas de los hombres nada hay que exceda, y tal

<sup>1</sup> *Anthropodemus plutonicus oder eine neue Weltbeschreibung von allerley wunderbahren Menschen*, etcétera. Magdeburg, 1666.

<sup>2</sup> J. W. Draper, *A history of the intellectual development of Europe*, chap. XIX.

vez nada hay que se pueda igualar, á este viaje de Magallanes. Comparado con él, el de Colón se oscurece. Es muestra y alarde de valor sobrehumano, de sobrehumana perseverancia y de tenacidad que no ceja ni se aparta de su propósito por ningún motivo ni padecimiento, sino que inflexiblemente persiste hasta su fin.» Magallanes tuvo sin duda la voluntad de hierro y más duras que el pedernal las entrañas. Su heroísmo hubo de ser cruel: necesitó entrar al abordaje en los bajeles sublevados y matar á puñaladas á los rebeldes; se extremó en descuartizarlos y colgar sus miembros de las entenas; y le llevó á ver á sus compañeros morir de escorbuto, de sed y de hambre; á alimentarse y alimentarlos de cueros cocidos en agua del mar y de otras sustancias malsanas; á pasar tres meses y veinte días, en el Pacífico, sin ver más que mar y cielo; á navegar 12.000 millas, por este al parecer interminable océano; y á perseverar en la certidumbre, é infundirla en el ánimo de su gente, de que no iban por una líquida llanura sin fin, sino de que llegarían al extremo oriental del Asia, porque la tierra es redonda, según él había visto su sombra proyectada en la luna.

Así logró Magallanes su propósito, dando por ello la vida. «El cambio, añade Draper, fué, no obstante, envidiable. Doblemente inmortal y tres veces dichoso, Magallanes puso cima al hecho más grande en la historia de la raza humana, é inscribió su nombre con signos indelebles en la tierra y en el cielo: en el estrecho que une los dos océanos y en las nubes de mundos que en la bóveda estrellada del hemisferio austral se columbran.»

Pero todavía es más bella y encarecida alabanza del mismo suceso, porque la realza el sencillo candor del estilo, la que hace un contemporáneo del héroe portugués; la que hace Oviedo, que conoció y trató á Elcano. Hablando de la nao *Victoria*, dice: «Fué el camino que esta nao hizo el mayor y mas nueva coña que desde que Dios crió al primer hombre y compuso el mundo hasta nuestro tiempo se ha visto, y no se ha oido ni escripto cosa mas de notar en todas las navegaciones, despues de aquella del patriarca Noe; ni aquella nao ó arca, en que él é su mujer é hijos é nueras se salvaron del universal diluvio, navegó tanto como esta, ni fué para este efeto, sino para restaurar la generacion humana por la misericordia divina»<sup>1</sup>.

Así se supo, en suma, con plena certidumbre, que en toda la extensión de América había hombres como nosotros, los cuales no podían menos de proceder de Noe y de sus hijos: pero ¿cómo llegaron allí?

Apenas hay escritor de cosas americanas que no se ponga esta cuestión y que no procure resolverla.

La resolución más fácil, adoptada por muchos, fué la de suponer, ó bien que, consintiéndolo Dios, los demonios habían llevado por los aires á algunos pecadores á aquellas soledades agrestes, donde olvidaron la primitiva revelación y se entregaron á mil idolatrías, abominaciones y torpezas; ó bien que fueron ángeles los que llevaron volando á los primeros pobladores del Nuevo Mundo, como llevaron al profeta Habacuch desde Palestina á Babilonia.

<sup>1</sup> Oviedo, *Hist. general y natural de las Indias*, etc. Lib. XX, cap. IV.

Pronto, no obstante, fué desechada toda explicación por medio de milagros, pues, como dice bien el padre José de Acosta, no se pregunta lo que Dios pudo hacer, sino cómo se puede entender que lo hizo, según el orden y razón natural de las cosas. Por dicha, todas las explicaciones racionales que se han dado y se dan de cómo se pobló el Nuevo Mundo ni se perjudican ni se contradicen, ya que el Nuevo Mundo es tan extenso que caben en él con holgura cuantos emigrantes, europeos ó asiáticos, pudieron ir allí en diversas épocas.

Nada se opone á que sostengamos que los fenicios y los cartagineses fueron á América y fundaron allí colonias. Algo más duro de creer es que las flotas de Salomón y de Hirán llegasen hasta el Perú, que equivale á Ofir, empleando tres años en este viaje. Pero, en cambio, es más verosímil que en algunos libros chinos se hallen pruebas de pasadas comunicaciones entre América y Asia. En fin, parece evidente que varios pueblos y tribus de este Viejo Mundo invadieron, no pocas veces y por diversas partes, allá en remota antigüedad, ese otro Mundo que llamamos Nuevo, el cual no quedó completamente aislado tampoco, después de la Era cristiana.

De la llegada de europeos á América, antes de Colón, se refieren bastantes historias, legendarias unas y otras dignas de crédito.

Solórzano trae ya notable copia de ellas en su eruditísimo libro *Política indiana*<sup>1</sup>, pero las desecha todas como fabulosas. Para él, hasta donde la piedad católica le consentía decirlo, son patrañas todas las predicaciones de nuestra religión en América antes de que fuesen allí los castellanos, y es confusa ó nula toda noticia en Europa de que existiera aquel continente.

En apoyo de su idea, cita un epigrama de Juan Owen que dice:

Nil ait esse novum Salomon sub sole: Colombus  
In veteri mundum repperit orbe novum.

Y bien pudo añadir estos otros versos del mismo autor, más afirmativos y entusiastas aún:

Cedere diluvium, camposque parere liquentes,  
Nuncia de coelo prima columba venit:  
Aequora sic ultra nostris incognita, primus  
Nunciat immensos esse Columbus agros.

Después se ha estudiado y aclarado más este punto, y, sin menoscabo de la gloria de Colón, ha venido á probarse y á divulgarse que, antes de Colón y con posterioridad á la Era cristiana, aunque sin lúcida inteligencia de ello y sin muy provechosas consecuencias civilizadoras, la América había sido visitada por europeos.

No es de este lugar referir con detenimiento las navegaciones de irlandeses, normandos é islandeses á América desde antes del siglo x hasta mediados del si-

<sup>1</sup> Solórzano, *Política Indiana*, libro I, cap. VI.

glo xiv. Alejandro Humboldt, en el *Cosmos*<sup>1</sup>, refiere cuanto hay que saber de importante sobre el particular y á su obra me remito. Baste indicar aquí que en el año de 1824, en una isla cerca de Upernavick, colonia danesa en la costa occidental de Groenlandia, Bahía de Baffin, se hallaron tres columnas con inscripciones que prueban que en 1135 los normandos habían llegado á aquel punto. Hay además certidumbre de que avanzaron mucho más hacia el Sur en sus excursiones, recorriendo las costas de los que hoy son Estados de Massachusset, Rhode-Island y Connecticut, y visitando los lugares en que ahora están Boston y Nueva York, casi á la misma latitud que Madrid.

El primer obispo de Groenlandia, Eric Upsi, envió misioneros á aquellas regiones, que sus compatriotas llamaron *Vinland it goda*, la buena tierra del vino.

Asimismo parece verdad, si bien con menos irrefragables pruebas, que los irlandeses habían estado en América antes de los escandinavos, y que fundaron colonias en las costas de Virginia, ambas Carolinas, Georgia y la Florida, á todo lo cual llamaron Grande Irlanda, si bien de nada de ello apenas quedó más tarde rastro.

Muy atinada es la observación de Alejandro Humboldt acerca del espíritu de proselitismo de las religiones cristiana y budhista, el cual fué estímulo poderoso, en los primeros siglos de la Edad Media, para que los hombres, desde el Asia oriental y desde el Occidente de Europa, emprendiesen largas peregrinaciones á fin de hacer la propaganda de sus doctrinas religiosas, de las cuales dependían, según la fe de ellos, la salvación y la dicha del linaje humano.

Grecia y Roma, gentílicas, carecieron de caridad, aunque tuvieron filantropía, y carecieron sobre todo de fe en la bienhechora enseñanza de importantes verdades reveladas, por donde no sintieron la fuerza del precepto *ite et docete omnes gentes*.

No es de extrañar, pues, que llegasen á las costas occidentales de América misioneros budhistas, ni que monjes irlandeses visitasen, antes que Leif, hijo de Eric *el Rojo*, las playas orientales del Nuevo Mundo, después de haber aportado y reconocido ya, desde el siglo viii, las islas Feroer y la Islandia misma.

Lo que sí es de extrañar es que Colón no tuviese conocimiento de estos antiguos viajes á América por el Norte, ya que según él contaba, había estado en Islandia, cuando navegaba con su pariente Colombo *el Mozo*: pero yo creo que, en esta parte de la vida del Gran descubridor, nada quiso celar ni disimular D. Fernando su hijo. Y además, si Colón hubiese sabido de cierto que ya se habían hallado tierras hacia el Norte, hacia el Norte hubiera dirigido sus carabelas, y no con rumbo al Sudoeste, buscando el camino del Catay.

Don Fernando Colón, repito, no encubrió ni disimuló nada. Y aquí, aunque sea muy de paso, quiero hablar de un artículo que un señor Laurence ha publicado en el *Harper's Magazine* de este mes de Abril, titulado *El Misterio de Colón*. Sobre lo cual lo primero que hay que decir es que jamás hubo semejante misterio.

Conforme á las ideas del siglo en que vivía, Colón, lejos de avergonzarse, debió

<sup>1</sup> *Hauptmomente einer Geschichte der physischen Weltanschauung*, VI.

de hacer gala de haber navegado bajo las órdenes de su pariente Colombo *el Mozo*, de quien dice D. Fernando, en són de elogio, «que era tal su fama que espantaban con su nombre hasta á los niños en la cuna»<sup>1</sup>. Y no es esto peregrino encarecimiento, ya que en el día de hoy, después de tres siglos ó más, en Andalucía asustan á los niños con el Drake.

En suma, Colón no pudo encubrir nunca lo que aparenta revelar el Sr. Laurence; y más bien D. Fernando se jactaba de ello para hacer ver la falsedad injuriosa de un cierto Agustín Justiniano, quien había escrito, en una crónica, que su padre era de oscura familia y contra quien quería demostrar que su padre no había gastado el tiempo «en cosas manuales ni en artes mecánicas, incompatibles con la grandeza y perpetuidad de sus hechos maravillosos», ni había sido el primer almirante de su apellido, ya que los hubo antes muy temidos é ilustres<sup>2</sup>.

Entonces, y aun hasta dos siglos después, era causa de ilustración y de gloria el corso. En el Atlántico se organizaba con perfecto conocimiento y á veces bajo la protección de naciones cultas, en plena paz. Francia lanzaba flotas para saquear las colonias portuguesas y españolas; Liverpool las equipaba para asolar las costas del Brasil; y Holanda enviaba sus corsarios por todos los mares.

«Justo es reconocer, por lo tanto, dice el Sr. Oliveira Martins, que el comercio franco, llamémosle así, no se consideraba ofensa formal á los deberes internacionales de las potencias amigas. Y, por otro lado, este comercio franco ó casi piratería, de acuerdo con la violencia de las costumbres, hacía que el robo marítimo se equiparase con la navegación mercantil y que todo armador pirata gozase de excelente reputación en su patria, cuando salía airoso y rico de sus empresas»<sup>3</sup>.

Por lo demás, el Sr. Laurence, que pinta á Colón con muy negros colores, acusándole de cruel y de codicioso, todavía le tiene por mejor que á sus más ilustres contemporáneos, contra los cuales fulmina mil anatemas. Á los españoles y á sus reyes D. Fernando y doña Isabel procura tizarlos horribilmente con su pluma. Y como en cambio defiende á los indios, y, apoyándose en escritos de los cubanos Armas y Montalvo, vuelve por la buena fama é inocencia de los caribes, resulta que fueron Colón y los españoles á América, como la serpiente al Paraíso, no á convertir á los indios, sino á pervertirlos y estragarlos: todo lo cual se cita aquí por curiosidad, aunque por lo exagerado ó sin fundamento no merezca refutación alguna.

Para ajar más los laureles de Colón y de los españoles, refiere el Sr. Laurence varios viajes á América de que Colón hubo de tener noticias. Pero no hay razón, no hay indicio que calle D. Fernando, en la historia de su padre, de cuantos á tan audaz empresa le movieron. Nada amengua su gloria. No pocos marinos antes de él, ó por acaso, ó impelidos por las olas, sin cálculo y sin intento, pudieron llegar á las Indias occidentales y aun volver de ellas: pero ¿cómo comparar nada de esto con

<sup>1</sup> *Historia del Almirante*, cap. V.

<sup>2</sup> *Ídem id.*, cap. II.

<sup>3</sup> *Portugal nos mares*, II. *A libertade do corso*.



la profunda convicción y con el resuelto y constante propósito del gran genovés, tan dichosa y plenamente logrado luego con auxilio de los españoles?

De la ocasión en que vino Colón á esta península habla también el Sr. Laurence; pero no es más claro que el hijo del héroe<sup>1</sup>. Colón navegaba con su pariente, cuando, cerca de la costa de Portugal, al Sur de Lisboa, las naves en que iba cayeron sobre cuatro gruesas galeras venecianas, bien armadas y cargadas de riquezas. El combate fué tremendo. Las naves se aferraron, y los hombres «andaban de un bajel en otro, hiriéndose y matándose con odio y coraje, y no sólo con las armas, sino con alcancías y otros fuegos; de manera que, habiendo peleado desde por la mañana hasta por la tarde, muerta y herida mucha gente de ambos lados, se pegó fuego á la nave del Almirante y á una gruesa galera veneciana, atada á ella con ganchos y cadenas de hierro». Colón, que era brjoso nadador, no tuvo más recurso que arro- jarse al mar para salvarse del incendio. Dios que, como dice D. Fernando, para mayores cosas le guardaba, le hizo llegar á la costa.

Este es acaso, el más importante momento de la vida de Colón. Narrándole em- pieza Mossen Jacinto Verdaguer su hermoso poema *La Atlántida*; tal vez, si pres- cindimos del poema de Araujo Porto-Alegre, lo mejor que, en mi sentir, se ha es- crito en verso en alabanza del descubrimiento de América.

En aquel momento puede decirse que terminó la vida profana del aventurero y se convirtió Colón en hombre inspirado, revelador de un Nuevo Mundo.

Apenas descubierto éste, surgieron las hipótesis para explicar el origen y proce- dencia de los hombres que le habitaban.

Una de las hipótesis más antiguas es la de Alejo Venegas, quien fundado en tex- tos de Aristóteles, dice<sup>2</sup> que «ciertos mercaderes cartagineses navegaron desde las columnas de Hércules, y á cabo de muchos días de navegación hallaron una isla... en la cual no había moradores, aunque era abundante de todas las cosas que á la vida humana son necesarias, allende de muy grandes ríos navegables...» En Car- tago entraron en ayuntamiento, cuando esto se supo y, «pensando que si la fama de la riqueza de aquella isla venía en noticia de las extrañas naciones, con la codicia irían á ella y la harían propugnáculo y defensa en que se retruxesen para enseño- rearse de todos, mandaron que cualquiera que fuese osado de navegar para aquella isla luego muriese y que á los que habían quedado allá, si los pudiesen haber, los matasen.» En el hallazgo de esta isla el maestro Venegas, barruntando por firmes señales ser la Española, se fundó para sostener que por allí fueron pobladas las otras islas del Golfo de Méjico y la Tierra firme toda. Siguen esta opinión Mariana, Torquemada, Calancha y otros.

Algunos imaginaron que los fenicios habían sido los primeros pobladores de Amé- rica, así porque fueron hábiles y atrevidos navegantes, como por su costumbre de sacrificar hombres y muchachos á sus dioses, lo cual observaban también los indios.

<sup>1</sup> *Historia del Almirante*, cap. V.

<sup>2</sup> *De las diferencias de libros que hay en el Universo*, etc.; *Libro natural*, cap. XXII. Toledo, 1540.

A esto se puso el reparo de que los indios no usaban letras, y los fenicios sí; pero, entre muchas réplicas que se podían dar estaba la de que tal vez los fenicios que vinieron á América, por ser gente de poco fuste, no habían aprendido á leer y menos aun la escritura.

La opinión de que los chinos fueron los pobladores de América ha sido también sostenida por autores graves y autorizada por el P. Lucena, en su bellísima *Historia de San Francisco Xavier*.

En suma, las opiniones sobre las primitivas colonizaciones de América han sido muy variadas, aunque conciliables, y sostenidas todas por autores de crédito, como más por extenso puede verse en el *Origen de los Indios*, del P. fray Gregorio García, y en otro libro, casi con igual título, que acaba de reimprimirse, del doctor Diego Andrés Rocha.

El parecer favorito de este doctor, y por él más ampliamente sustentado, es harto pasmoso. Diez tribus enteras, de las doce de que constaba el pueblo de Israel, pasaron el Éufrates, huyeron de la cautividad de los asirios, atravesaron toda el Asia y poblaron la América. En la peregrinación emplearon más de cien años, casi triple tiempo del que habían empleado sus padres en ir desde Egipto á Palestina.

El demonio quiso y pudo, en esta ocasión, ser arrendajo del Altísimo, y con burda grosería imitó para aquellos emigrantes no pocos de los prodigios que obró el Señor con su pueblo cuando Moisés le guiaba. Así consiguió el demonio que olvidasen los israelitas la ley verdadera y se trocasen en indios idólatras. Pero el doctor Rocha tiene buen cuidado de excitarnos á que no los odiamos por descender de judíos, ya que les sucedió como á los de Toledo que se fueron pronto de su tierra y no tuvieron parte en la muerte de Cristo. Á una dificultad que se le ocurre halla en seguida respuesta. Los indios, dice, descienden de los tártaros: ¿cómo, pues, han de descender de los judíos? Y contesta y prueba, con mil argumentos sutiles, que los tártaros son también en su origen judíos.

Pero la opinión que estuvo más de moda en España, en los siglos XVI y XVII, fué la de que los indios de América eran en su origen españoles, que ya habían descubierto y colonizado otra vez aquel continente, más de mil años antes de Cristo, desde Cádiz fenicia, ó mejor mucho antes, mandados allá por primitivos reyes de España, como Hespero, y como tal vez el mismo Túbal.

Así se justificaba, con más fuerza que de ninguna otra suerte, el dominio de España sobre los indios, quienes venían á ser como ovejas descarriadas que importaba reducir al aprisco; ó como propiedad perdida que su dueño halla y recobra; ó como antiguos vasallos del rey, que se habían extraviado, que reaparecían, y que, por reversión, *jure postliminii*, se ponían de nuevo bajo su cetro y custodia.

Me parece que, entre los diez y seis ó diez y ocho títulos legítimos, por cuya virtud *barbari potuerint venire in ditionem hispanorum*, el P. Francisco Victoria, egregio fundador del derecho de gentes, no cuenta esto de ser españoles ellos, pero otros teólogos y jurisconsultos lo cuentan. La verdad es que el asunto se ventiló y dilucidó

en Roma, ante el mismo Padre Santo, por los años de 1659. Fué el caso sobre cierta bula, que otorgaba á los españoles varios privilegios de los cuales los indios pretendían gozar también, ya que eran españoles desde poco después del diluvio, cuando Túbal ó Hespero los envió á fundar colonias á las que dieron nombre de Hespérides, que son Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, según Oviedo, el padre Maluenda y otros.

En el litigio, el fiscal se atrevió á dudar de que los españoles hubieran ido á América tan temprano; y la objeción mayor que hizo fué la de que no les pudo ser cómodo ni fácil llevar á bordo, en tan larga navegación, no sólo animales mansos y domésticos, sino también fieras, como leones, tigres y osos. Es de presumir que se contestó á este escrúpulo, afirmando que los animales fueron ó pudieron ir al Nuevo Mundo por otro lado y no con los españoles primitivos. Como quiera que ello sea, al Sumo Pontífice hubieron de hacerle fuerza los argumentos y súplicas del doctor Valladolid, tesorero de la Santa Iglesia de Lima, y es probable que se diese á entender que los indios eran españoles de origen, ya que, aprobándolo la Sacra Congregación de Ritos, se concedió á la gente de las Indias los mismos privilegios que á la de España.

El doctor Rocha <sup>1</sup>, que reparte entre las diez tribus cautivas y desterradas por Salmanasar y los antiguos vasallos de Hespero la gloria de haber colonizado á América, se apoya en doscientos fundamentos, que para excusar lo prolijo no se aducen aquí.

Sólo me toca citar uno de los doscientos, el cual, aceptado, triunfa de todas las objeciones: la existencia de la Atlántida. Si fué isla, se extendía desde cerca del estrecho de Gibraltar hasta corta distancia de las Antillas, que se unían por el Yucatán al continente americano; pero muchos quieren que la Atlántida estuviese también unida á Europa y África, cerrando el Mediterráneo y convirtiéndole en un gran lago. Así se explica con facilidad cómo los vasallos del rey Hespero pudieron haber ido á pie enjuto hasta el mundo que Colón descubrió más tarde. La Atlántida, hundiéndose en el mar, con espantoso estrago, apartó aquel mundo de Europa por un piélago lleno de terrores, sirtes y bajíos. El terreno se desmoronó entre las olas y convirtió el agua en espeso fango. Los antiguos altozanos, alcores, y cerros, quedaron casi á flor de agua, y produjeron enorme cantidad de sargazo y de otras plantas marinas, las cuales formaron inextricable laberinto, amenazando enredar como en tupidísima red cuantos atrevidos bajeles por allí se aventurasen. Y el Teide, alzando aún la cabeza cerca de cuatro mil metros sobre el sepulcro del sumergido continente, le iluminó, cual rojiza y fúnebre antorcha, con el fuego de sus erupciones.

El transcurso de los siglos casi borró tan ingente catástrofe de la memoria de los europeos. Cuanto de la Atlántida refiere Platón vino á tenerse por fábula.

Después que América se descubrió, volvió lo de la Atlántida á parecer verdad, y cien autores como Oviedo, Fernando Colón, Maluenda y Justo Lipsio, pusieron la

<sup>1</sup> Rocha, *Origen de los Indios*, cap. IV.

Atlántida á modo de puente para que, desde Europa y desde África, pasasen los hombres á poblar la América, allá en las primeras edades.

Ya, en el siglo XVIII, ó por no sujetarse tanto los escritores al sentido literal de la Biblia, ó por desdeñarle, ó por haber estudiado y penetrado más en la prehistoria, la Atlántida, en concepto de muchos, dejó de ser puente, y vino á ser como vivero ó almáciga, desde donde emigraron los hombres á poblar, colonizar y civilizar, unos yendo hacia el Occidente, la América; otros viniendo hacia el Oriente, el África y la Europa.

Mucho contribuyeron á que esta opinión se afirmase y extendiese las ideas y un escrito del ilustre astrónomo y literato Bailly, sosteniendo la existencia de un pueblo primitivo, de civilización refinada, que la difundió por nuestro hemisferio, desde Occidente á Oriente, siglos antes de que empezara el movimiento contrario de la cultura, desde el Oriente hacia el Ocaso.

Inspirados, sin duda, por el libro de Bailly, que se publicó en 1777, imaginaron algunos que los atlantes, ó dígase los naturales de la Atlántida, fueron ese pueblo conquistador y civilizador; y que luego que se hundió en el mar el asiento de su imperio y el foco de su luz civilizadora, lo más sustancial de cuanto habían enseñado quedó en los colegios sacerdotales y en el seno de los misterios, donde sólo los iniciados podían llegar á aprenderlo, naciendo así las ciencias ocultas y hieráticas. Eusebio Salverte publicó en 1829 un libro curiosísimo, altamente encomiado por Littré y Arago, defendiendo esta tesis.

Poco á poco, no obstante, hubieron de achicarse, en el concepto general, la altura y la extensión del saber atlántico primitivo. Entonces persistió, y desde entonces persiste la creencia de que, antes de las más antiguas emigraciones de los arios en Europa, cuando estábamos por acá en la Edad de piedra, los atlantes invadieron estas regiones y nos trajeron el bronce y otros inventos.

Sobre los atlantes se ha escrito mucho y muy ameno, lo cual me induce á dar aquí de ello una sómera noticia, aunque sea menester escribir dos artículos más. Válgame para disculpa que el caso es entretenido, si no está muy bien demostrado. Y válgame también que esto de la Atlántida ha servido de máquina y de materia épica, á Mossén Jacinto Verdaguer, quien recogiendo con amor las leyendas simbólicas y tradiciones míticas de la antigua España, y engarzándolas como perlas en áureo collar, ha compuesto, según ya dije, tal vez el más bello poema que sobre Colón se conoce.

En la grandiosa sencillez del vate catalán, si no hay semejanza con la *Ilíada*, la hay con los Himnos sacros, atribuídos á Homero, con los poemas de Hesíodo, y con el recuerdo feliz de sucesos legendarios que evoca Píndaro, para ensalzar á sus héroes.

Colón, después del combate y del incendio de su nave y de la galera veneciana, es acogido y albergado por un sapientísimo, misterioso y santo anciano, que vive en la soledad, consagrado al servicio de Dios y al culto de la Virgen María, cuya ima-

gen resplandece en una capilla, al lado de la vivienda del anacoreta, colocada en alto escollo.

Las maravillosas historias sobre la Atlántida, que el anacoreta refiere á Colón, forman el rico tejido del poema. Colón entusiasmado, resuelve ir á buscar, y busca y halla en efecto, aquella parte del mundo, que, al hundirse la Atlántida, quedó apartada de nosotros.

Yo espero que, por malo que sea el comentario en prosa que sobre esto me propongo hacer, siempre habrá de prestarle el poema de Verdaguer algún hechizo y alguna poesía de la mucha que atesora y ostenta.

JUAN VALERA

